

## SERMON

SOBRE

### CALLAR POR VERGÜENZA LOS PECADOS

EN LA CONFESION (1).

PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

(DE EGULETA.)

*Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum.*  
Estaba Jesús lanzando un demonio, el cual era mudo.  
*S. Lucas, c. 11. v. 14.*

Hoy, amados fieles míos, tenemos en el Evangelio á Jesucristo nuestro Señor arrojando á un demonio del cuerpo de un pobre hombre, á quien no solamente le tenía mudo, como dice san Lucas, sino tambien ciego, como dice san Mateo (2), y aún sordo, en sentir de san Juan Crisóstomo (3). Todas las puertas del socorro le había cerrado el enemigo infernal para impedir su remedio; pero al fin lanzó Jesucristo al demonio con su omnipotencia, y habló el mudo, libre ya de quien le ponía impedimento en su lengua: admiráronse las turbas al ver la maravilla; cosa rara! Los doctos y discretos no se dieron por entendidos, como la plebe; ántes bien calumniaron el milagro de Jesucristo. Dios libre de soberbios á los discretos y doctos, que de otra suerte, ni milagros bastarán para mover sus corazones, como no bastaron para mover los de los fariseos. Hubo en estos algunos, prosigue el Evangelio, que atri-

(1) Acerca de lo mismo hay una doctrina de Santander en la pág. 134 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.

(2) *Matth. c. 12. v. 22.* (3) *Chrysost. Homil. 41. in Matth. 12.*

buyeron el milagro á Belzebú, príncipe de los demonios. No lo extrañéis, porque el mejor alimento se corrompe, si lo recibe un estómago estragado: otros pedían señales en el cielo, como hacer parar el sol, á la manera que sucedió en tiempo de Josué (1), para saber si el milagro se había obrado por virtud divina, ó por virtud del demonio. Yo no sé qué ha de hacer Dios, para que le obedezcan los hombres, cuando ni bastan milagros.

Conoció su Majestad la mala intencion de aquellos hombres perversos, y por lo mismo les arguye con esta semejanza misteriosa: todo reino, toda familia ó ciudad que se halle dividida en bandos, no puede permanecer, como ni las paredes de una casa, si no tienen union entre sí: luego si en virtud de Satanás, príncipe de los demonios, los arrojo yo de los hombres, como vosotros decís, es forzoso decir tambien, que Satanás tiene dividido su reino, pues arroja de los hombres otros demonios como él, cuando por su oficio debía conspirar con ellos contra los hombres: por consiguiente no puede su reino permanecer, porque no reina la union. Esto no se puede pensar, ni vosotros lo pensáis de un enemigo tan cruel de todo el género humano: luego es preciso confesar, concluye Jesucristo, que yo he obrado el prodigio, no por virtud de Satanás, sino por virtud de Dios.

Pero aún mas: vosotros mismos confesáis, que vuestros hijos, esto es, los exorcistas que tenéis, arrojan y expelen los demonios por virtud divina; ¿por qué pues habéis de pensar, que yo los arrojo por virtud del diablo? En aquellos no advertís cosa alguna, que exceda las fuerzas de un hombre; en mí tenéis las mayores pruebas de que me acompaña la omnipotencia divina: luego creyendo, como creéis, que vuestros exorcistas arrojan los demonios por virtud de Dios, debéis tambien pensarlo de mí con muy superior razon: de lo contrario vuestros mismos exorcistas serán jueces vuestros; esto es, ellos mismos sentenciarán, que procedéis por odio y envidia contra mí, no por amor á la verdad.

Ahora bien, les dice Jesucristo, si yo arrojo á los demonios por virtud de Dios, como es preciso lo confeséis, debéis confesar tambien, que ya llegó á vosotros el reino de Dios, quiere

(1) *Josue, c. 10. v. 13.*

decir, exponen los intérpretes sagrados (1) : si yo arrojé á los demonios por virtud de Dios, se infiere claramente que yo vengo á destruir el reino del demonio, y por consiguiente que soy el Mesías prometido, el Hijo del eterno Padre, que, segun lo anunciado por los profetas, ha de venir, como bien sabéis, á echar por tierra sus fuerzas y á establecer en vosotros el reino de Dios : prueba de ello será, prosigue Jesucristo, que hasta aquí ha mantenido su imperio este enemigo infernal contra todo el género humano ; pero ya en breve se verán derrotadas sus armas, porque yo dejaré libres de su esclavitud á los hombres. Poderoso ha sido hasta aquí ; pero lo ha sido porque no ha encontrado resistencia : ahora vengo yo á quebrantar sus fuerzas, y dejándole gloriosamente vencido, le despojaré de su poder, como empiezo ya á ejecutarlo, arrojándole de las almas y de los cuerpos. Él es enemigo mio, pues no sigue mi partido, como lo es tambien todo aquel que no quiere seguirme, y por consiguiente vosotros, fariseos, que no dais asenso á mis verdades : él es enemigo mio, pero tan cruel, que lo mismo es verse desposeído por mi virtud soberana de la posesion que tiranamente habia tomado en algun hombre ó en alguna alma, que al punto sale á buscar descanso en los lugares áridos, incultos ó desiertos ; pero no encontrándolo ( porque toda su ansia es hacer mal á los hombres ), vuelve intrépido á buscar su antigua posesion, y empeñado en ello, dice tenazmente : he de volver á la casa que dejé ; esto es, he de hacer todo cuanto pueda por volver al dominio del hombre ó del alma, que contra mi voluntad he dejado ; y lo peor es, dice Jesucristo, que por abandonar los ejercicios de piedad y resfriarse las almas en el fervor, que por la gracia se les habia comunicado, logra sus intentos el infernal espíritu, y por consiguiente vuelve á su antigua posesion ; pero con tal fortaleza, que lleva en su compañía otros siete demonios, aún mucho peores que él, para hacerse incontrastable ; resultando de aquí quedar el pobre hombre ó la pobre alma en mucho peor estado que al principio.

Pues si el demonio, infiere Jesucristo por conclusion para convencer á los judíos, pues si el demonio es enemigo mio tan cruel, ¿cómo podéis presumir, ni es posible, que yo arroje á los demonios en virtud de Belzebú? Estando en esto, salió una

(1) *Natal. Alex. hic.*

devota mujer, admirada sin duda de la energía, y eficacia con que Jesucristo convencía á los judíos, diciendo en altas voces : ¡ dichoso el vientre en que anduviste y los pechos que mamaste ! que es lo mismo que solemos nosotros decir : dichosa la madre que te parió ! Pero el Señor le respondió, que en realidad solamente son dichosos los que oyen la palabra de Dios, y ejecutan lo que se les dice para su bien. Por eso dijo san Agustín (1), que aún fué mas dichosa la Madre de Dios, por haberle traído siempre en su corazon, que por haberle traído en su propio vientre. De aquí podéis inferir, qué cuidado no deberéis poner en venir á oír la palabra de Dios y en obrar conforme á ella.

Esta es, fieles mios, la letra del Evangelio ; en la cual, como habéis oído, tenemos un hombre mudo, porque así lo habia puesto el demonio ; pues segun dice san Juan Crisóstomo (2) y es comun sentir de los intérpretes sagrados, solo era mudo, porque el demonio le quitaba con su malignidad el uso de la lengua ; mas á pesar del demonio hizole Cristo que hablase. Yo no soy Cristo, pero si ministro suyo, aunque indigno ; y por lo mismo, asistido de su gracia, espero con este sermón hacer hablar á las almas, que poseídas y engañadas del demonio, permanecen mudas en la confesion, callando sus pecados por vergüenza. Dificultoso es conseguir el triunfo, yo lo confieso ; pero todo es fácil con el auxilio y ayuda de Dios, dice el apóstol san Pablo (3). Escuchádme atentos por vuestro bien y remedio ; pero ántes solicitemos la divina gracia, diciendo : *Ave María.*

No hay duda, católico auditorio, que si se mira la confesion con los ojos débiles de la carne y del amor propio, puede parecer al pecador cosa dura, el haber de manifestar los mas feos pecados que cometió ; pero si atiende con los ojos perspicaces de la fe las conveniencias que trae consigo el manifestarlos, fácilmente se desvanece toda dureza y dificultad, dice el santo Concilio de Trento (4). Sabéd pues, oyentes mios, que la buena confesion confunde á los demonios, hace las paces entre Dios y el pecador, destruye los vicios, acarrea las virtudes, cierra la boca del infierno, y abre las puertas del paraíso, que tenia cerradas el pecador con el hierro de las culpas ; pero sabéd igualmente que, para conseguir estas excelencias en la

(1) *Aug. lib. de sanct. Virg. c. 3.* (2) *Chrysost. in Matth. Hom. 33. c. 9.*  
 (3) *Ad philip. c. 4. v. 13.* (4) *Trident. sess. 14. c. 5.*

confesion, es necesario, que á mas de ser dolorosa y compungida, sea tambien entera, esto es, que no enmudezca el pecador, dejando de confesar algun pecado grave maliciosamente ó por vergüenza; porque obrando así, no hay gloria, no hay cielo, no hay perdon, ni misericordia para el pecador, por mas que confiese las demas culpas, ántes bien comete un horrible pecado mortal de sacrilegio en confesarse de esta manera.

Todo esto es cierto, y sin disputa; pero tambien lo es, y la experiencia misma nos enseña todos los dias, que sin embargo son muchos los que, como demonios mudos, callan pecados en la confesion por vergüenza, pues, como dijo san Gregorio (1), es tan poderosa esta pasion, que muchas veces suele padecerse mas sangrienta batalla en vencerla para confesar la culpa cometida, que se pudiera pasar en vencer la tentacion, para no llegar á cometerla; esta es, la que se propone al penitente, como un muro inaccesible y un ejército incontrastable. ¡Qué, yo he de decir aquel pecado tan feo! ¡qué, he de manifestar aquel pensamiento torpe, que consentí! yo mismo me he de infamar! cómo es posible?

Aquí el demonio con su astucia maliciosa, se pone de parte de esta pasion, como lo vemos en el mudo del Evangelio, y surgiendo varias, aunque aparentes, razones, hace crecer la vergüenza, sobrecogiéndolo á los penitentes de tal suerte, que casi les cierra la garganta, para que no lleguen á explicarse. ¡Ó astucia infernal, y á cuántas almas tienes por otro tanto en los eternos fuegos! Vistió Dios al pecado de vergüenza, para retirar al hombre de cometerlo, y vistió á la confesion de esperanza para esforzar con ella y su perdon á confesarlo; pero trocó y mudó el demonio los vestidos, dice san Juan Crisóstomo (2), puso al pecado vestido de esperanza, para que con la vana confianza en la misericordia de Dios se resuelva el cristiano á cometerlo, y vistió á la confesion de vergüenza, para que se retire de confesarlo. ¡Ó astucia infernal, repito, y cómo engañas con tus falsas invenciones! ¡Ó enemigo de las almas, y qué ardid buscas para su precipicio!

Alerta pues, cristiano mio, alerta para dejar frustrados los intentos del maldito padre de la mentira: ó vencer ó morir, decia un famoso capitán, para esforzar á sus soldados; y esto

(1) *Greg. l. 22. Moral. c. 14.* (2) *Chrysost. Hom. 3. de de pœnit.*

mismo te digo yo: ó vencer esa pequeña vergüenza, para confesar tus culpas, ó morir con muerte eterna; no hay medio entre uno y otro: aunque gastes la vida en los ayunos mas rigurosos, aunque despedaces tus carnes á fuerza de cilicios y disciplinas, aunque repartas los tesoros mas ricos en limosnas, no hay perdon, supuesto el pecado, si no lo manifiestas en la confesion; es preciso infaliblemente, ó vencer tu repugnancia, ó condenarte para siempre.

Pero, válgame Dios! ¿qué repugnancia puede haber para manifestar los pecados á un hombre, que por ningun caso puede hablar de ellos, aunque le importase la vida; á un hombre frágil y pecador; á un hombre, que tiene sus entrañas llenas de compasion; á un hombre, que nada mas desea que remediar á quien pecó; á un hombre en fin, que ha oído y sabe que se pueden cometer esos y mayores pecados en el mundo? Ay, fieles míos! necedad es, y mas que necedad, dejaros vencer de la vergüenza para confesar las culpas. Atencion si no, á tres razones, que han de ser toda la prueba de mi asunto, y en las que veréis el desengaño.

La primera razon que convence de necio al pecador, que calla maliciosamente sus pecados, es el sigilo de la confesion y la fragilidad del mismo confesor. No hay quien no sepa, que es tan estrecho y tan sagrado el precepto que tiene el confesor de no manifestar las culpas que se le revelan en el confesonario, que no hay caso alguno, en que pueda descubrir, ni aún el pecado mas leve, sea de la especie que fuese; ni aunque fuera para el remedio de todo un reino; ni aunque fuera para evitar todos los males que hay en el mundo; ni aunque fuera para conservar su misma honra y su misma vida; no católico, no hay poder, no hay tribunal, ni violencia que pueda obligarle á ello; ni aún á ti mismo puede hablar, fuera de la confesion, de los pecados que le confesaste, sin expresa licencia tuya. Por eso hablando Dios por su profeta Oséas de los sacerdotes, dijo (1): que habian de comer los pecados de su pueblo; porque de la suerte, que lo que se come, se oculta, se deshace y se digiere, así se ocultan y desaparecen los pecados oídos en la confesion. Pero vamos al cap. 25. del Éxodo para mayor claridad.

Mandó Dios á Moises, que hiciese unas despabiladeras de

(1) *Osee, c. 4. v. 5.*

oro, para cortar las pavesas de las luces, y unos vasos igualmente de oro y llenos de agua, en que apagar las pavesas. Notád, dice el Abulense (1), la extremada pulcritud y limpieza que quiere Dios en su templo: no se contentó con que hubiese despabiladeras para las luces, sino que quiere tambien, que haya vasos con agua, para que no salga el mal olor de las pavesas. ¡Oh, lo que enseña esta ceremonia para los ministerios sagrados! pero mucho mas para la confesion, dice el Pictaviense (2). ¿Qué hace el cristiano, cuando se confiesa, sino cortar las pavesas de las culpas, que le impedian arder en amor divino, para subir á su centro de la gloria? Ved ahí las despabiladeras; pero aún quiere Dios que haya mas: estas pavesas cortadas pueden echar mal olor de infamia contra el penitente; pues qué remedio? Haya, dice su Majestad, haya unos vasos de oro, unos sacerdotes purisimos, llenos de agua de sabiduría, prudencia y compasion, en que se apaguen las pavesas, para que no salga el mal olor de las culpas: tanto como esto cuida Dios la honra del cristiano que se confiesa, con el secreto de la confesion. Ved pues si hay que temer que le descubra el confesor: por consiguiente es necio, y mas que necio, el que no le manifiesta sus pecados con toda sencillez.

• Pero no es este el embarazo mayor: es cierto que en algunos pobrecitos ignorantes, como mujeres, hijas de familia ó criadas, suele dejarse ver alguna vez, mayormente si los confesores son conocidos, ó tratan con sus madres ó señoras, que esta es una de las perniciosas consecuencias de comunicar los ministros del Señor con sus confesados, dejando á parte otras muchas, que podia referir, y que vemos todos los dias con no poco dolor. Cuidado, señoras, con el remedio de este abuso; por lo comun casi todas las mujeres adolecen de este achaque; las mas de ellas tienen una especie de sensualidad en tratar con sus confesores, apasionándose ciegamente por ellos en cualquier asunto, que á tanto llega la debilidad de su juicio. Huíd, señoras, huíd de la familiaridad con los ministros de Jesucristo, pues creédme, que así conviene; como tambien, que si alguna rara vez quisierais, á fuer de agradecidas, hacerles algun obsequio ó regalillo, aunque lo mejor será no pensar en tales expresiones, que obréis cautelosamente, y de manera que

(1) *Abul. in Exod. c. 25. q. 32.* (2) *Berchor. l. 1. moral. in Exod. c. 17.*

no puedan comprender quién lo hizo. Y nosotros, sacerdotes del Altísimo, procedamos como fieles dispensadores de los misterios divinos, sin vilipendiar nuestro oficio; estemos prontos al socorro y alivio de nuestros prójimos, en hora buena: siempre que la caridad ó la necesidad exija el trato con los penitentes, no lo rehusemos; pero aún entónces sea, dice el venerable Puente (1), con precaucion en nuestras palabras, con moderacion en nuestro porte, en fin manifestando en un todo, que no somos hombres de la tierra, sino del cielo. En los demas lances y ocasiones, en que no resulte beneficio alguno espiritual, ni saludarlos, que así encargaba Jesucristo á sus discípulos se portasen con cuantos encontrasen en el camino (2); no porque deseaba el Señor que fuesen agrestes y groseros, dice san Buenaventura (3), sino para enseñarles, que no se divirtiesen en cumplimientos inútiles y del siglo. Baste de digresion, y volvamos al asunto.

Es cierto, vuelvo á decir, que alguna persona que otra, rústica y de poco alcance, suele dejar de confesar sus pecados, persuadiéndose, que el confesor los ha de manifestar á sus padres, á sus amos, deudos ó conocidos; mas á muy poca instruccion que tengan, se desengañan y salen de su ignorancia: pero qué sucede? Que luego el demonio, siempre solícito de la perdicion de las almas, gira por otro lado, y lo peor es, que comprende tambien en él á muchos inteligentes. Infúndeles unos vanos respetos, para que no confiesen sus culpas, ó á lo ménos para que no las manifiesten de tal forma, que descubran el infeliz estado de su alma; que en sustancia viene á ser lo mismo que negarlas, porque no las explican con claridad, con rectitud y sinceridad, como deben, sino que quieren confesarse culpados, pero de suerte que se den á conocer sus faltas lo ménos que se pueda: á este fin pasan ligeramente por las mas vergonzosas llagas de su alma, temiendo cargue mucho en ellas su atencion el ministro de Jesucristo; encierran con gran disimulo en una sola palabra las mas horribles caidas; las refieren con mucho cuidado, cuando advierten divertido al sacerdote en otra cosa, para que casi no pueda percibir las; en una palabra proceden con tal malicia, que temen los conozca demasiado el médico de sus almas. Mas ¿por qué tanta doblez en manifes-

(1) *Puente, tom. 4. de los estados, trat. 5. cap. 14. § 2. n. 4.*  
 (2) *Luc. c. 10. v. 4.* (3) *Bonav. in Luc. c. 10. et Ambr. ibid.*

tar clara y sencillamente su corazón? No saben que el confesor nada puede revelar? Si lo saben, pero infúndeles el demonio, vuelvo á repetir, unos vanos respetos; y si queréis saberlos, oíd cómo los propone en su interior acaso alguno que me escucha.

Bien sé, me dirá, bien sé que á nadie me puede descubrir el confesor; bien conozco, que, como dice san Agustín (1), lo que sabe el confesor en el confesonario, lo sabe aún ménos que aquello que ignora; bien considero, que estará mas oculto mi pecado en el confesor, que aún en mí mismo, porque yo lo puedo decir, y el confesor no lo puede manifestar; pero temo, y qué temes? que se horrorizará el confesor de mis execrables pecados. Ó ciego, y mas que ciego! desentraña ese temor, y verás que es aprehension sin fundamento. Una de dos, ó te conoce el confesor, ó no te conoce: si el confesor es extraño y desconocido, importa poco para ti que se admire ó no de tus pecados, aunque sean nunca oídos, porque concluido el acto sacramental, se acabó todo, y todo se echó en olvido. Si el confesor es conocido tuyo, y temes por esta causa exponerte á callar algun pecado grave, busca otro confesor que no te conozca, y desahógate con él á toda satisfaccion, pues supuesto ignora quién eres, cesa ya todo motivo que pueda causarte horror; y á este fin, ó ministros del Altísimo! procurad siempre dejar con libertad á vuestros penitentes, para que se confiesen con quien gustaren, y aún persuadidles, y aconsejadles, que alguna vez que otra entre año vayan con otro confesor docto, diestro y timorato, á quien puedan manifestar su pecho sin embarazo alguno y consultar con él todo el estado de su alma, para mayor satisfaccion de confesores y confesados.

Mira en pocas palabras, alma cobarde y pusilánime, echado por el suelo tu temor y remediado tu espíritu. Pero no me contento con esto; yo tengo de hacerte ver, que aunque sea conocido el confesor, es vano y sin fundamento el horror que te se figura; y en prueba de ello dígame todo el mundo, ¿es por ventura extraño que lleve la zarza espinas? ¿Pues por qué lo ha de ser que lleve pecados el árbol pecador? ¿Se admira nadie de que se quiebre un vidrio, y que el otro quede entero? Ya se ve que no, porque pudo este quebrarse como el otro: pues si el

(1) *Aug. in Psalm. 65.*

confesor es hombre tan frágil como tú, ¿qué razon hay, dice san Agustín (1), para que pienses, que se admire y horrorice, porque como frágil caíste? Tan léjos está de asombrarse, que ántes se edifica al ver que, como dice san Cipriano (2), honras tu confusion con la confesion. Díme si no por tu vida: no es virtud el confesarse? Nadie lo duda, dice el Crisóstomo (3); es justicia, es victoria de sí mismo, es magnanimidad, es humildad: infiere ahora san Ambrosio (4); luego será mas digno de alabanza el que fuere mas humilde, confesando las culpas mas horrorosas; que aún por eso dijo el Espíritu santo, que la santa confusion y vergüenza trae consigo á las almas mucha gracia y mucha gloria (5). ¿Quién pues se ha de horrorizar de ver practicada la virtud? Es tan bella esta señora, que á todos parece bien; aún los mismos pecadores, que la persiguen con sus obras, se alegrarian poseerla; luego es necedad y mas que necedad figurarse tal horror. ¿Se detuvo en eso el patriarca Júdas para manifestar la torpeza, que cometió con su nuera? (6) ¿Se detuvo en eso un David, un san Pablo, el buen Ladron, la Magdalena y otros muchos pecadores? Claro está que no; todos confesaron humildemente sus culpas, y por eso se hallan hoy honrados de todos.

Desatád á Lázaro, decia Jesucristo á sus discípulos (7); quitádle sin detencion ese sudario del rostro. Señor que se horrorizarán los apóstoles al verle tan horrible, asqueroso y feo, como que ha estado cuatro dias en un sepulcro! No tendrán de qué, si tal hicieren, que siendo Lázaro, como dice san Ambrosio (8), símbolo del pecador, que confiesa dolorido sus pecados, no pueden asombrarse, sino alegrarse, cuando le ven restituído á nueva vida de gracia; luego es aprehension despreciable, vuelvo á repetir, imaginar que se horrorizará el confesor con las culpas que se le manifiesten, por mas feas y abominables que sean. ¿No veis la expedicion, con que los cirujanos de los hospitales generales dan lancetadas, sajan, cortan huesos, brazos y piernas, sin inmutarse? Y por qué? porque ya están acostumbrados á eso. Pues lo mismo sucede con los confesores: bien puede ser que alguno, poco práctico y de un corazón ar-

(1) *Aug. lib. de ver. et fals. pœnit. cap. 19.*

(2) *Cypr. Serm. de Pas. Dom.* (3) *Chrysost. Serm. de pœnit.*

(4) *Ambros. l. 2. de pœnit. c. 10.* (5) *Eccles. c. 4. v. 25.*

(6) *Genes. c. 38. ex v. 15.* (7) *Joan. c. 11. v. 44.*

(8) *Ambr. l. 2. de pœnit. cap. 7.*